

DON QUIJOTE

BIENOTECOA
HISTORICAL
MADRID

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

ZOLA

Los hombres de mi generación, que éramos todavía niños cuando se apagó Víctor Hugo, tenemos motivos sobrados para platicar del luto y del dolor. Bajo nuestras túnicas de gala, llevamos sendos crespones invisibles por Zorrilla, por Camoamor, por Renan, por Verlaine y por Daudet. ¡Cuánto luminar borrado en estos tristes minutos que vivimos! Algunas veces diríase que el sol se extingue; que la noche, y el frío, están allí, todo fauces, ante nosotros, y que vivimos en horas que no tienen día siguiente. La muerte de Zola es una cerrazón nueva en los horizontes de la humanidad.

Del telegrama diríase que parece principalmente inventado para la más rápida transmisión del dolor sobre la tierra. Yo sé que Zola había muerto al sentirme de pronto y con nocturnidad herido. Esa noticia penetró en mi carne, alma adentro, como una bala, desmenuzando y rompiendo. Y un texto sagrado, de Teo el divino, se me impuso. Dice Gautier que supo la muerte de Balzac inopinadamente, en Venecia, mientras saboreaba un sorbete en el café Florian, en la plaza de San Marcos. Contaba la noticia, como un ataúd su muerte, el *Journal des Débats*. Y dice Teo, con ese lenguaje en plural que era una forma exquisita, flor completamente abierta de su extraña modestia: «Pero nos taló para caer de la silla, sobre las losas de la plaza, al saber tan fulminante noticia; y bien pronto, mezclóse con nuestro dolor un arranque de indignación y de rebeldía poco cristiano, porque todas las almas tienen ante Dios igual valor».

Precisamente acabamos de visitar el hospital de locos, en la isla de San Servolo, y habíamos visto allí idiotas decrepitos, sordos, octogenarios, faras humanas ni siquiera dirigidos por el instinto animal, y nos preguntábamos por qué aquel cerebro luminoso se había extinguido como una antorcha a la que se sopla, cuando la vida persistía tenazmente dentro de esas cabezas obscuras, atravesadas con vaguedad por engañosos resplandores.

Ha muerto Zola, dejando su obra, salvo algún chapitel, algún torreón complementario, absolutamente concluida. No se podrá decir de ella lo que el mismo Teo dijo de la de Balzac. Pero tal como se encuentra, España por su enormidad. Y las generaciones venideras se preguntarán sorprendidas quién fue el gigante que levantó por sí solo esos formidables sillares y hecho subir á tanta altura aquella Babel donde zumba una sociedad entera.

Cuando murió Hugo el apocalíptico, quedaba Renan, quedaba nuestro gran muerto de hoy, de pie, y nimbado de resplandores. Muerto Zola, ¡Dios mío! ¿qué alta figura vertical nos queda sobre la tierra?

ALEJANDRO SAWA

NO PUDO SER

Fue aquél un momento supremo. En la vida colectiva, como en la individual, hay horas críticas, decisivas. Levanta el destino su mano de hierro y permite elegir al albedrío. Una vez hecha la elección, la ley inflexible recobra su imperio, y de nuevo siguen las consecuencias á las premisas y los efectos á las causas con fatalidad inexorable.

Los hombres de la revolución tuvieron un sueño. Demasiado esclavos de la tradición para sacudir el prejuicio monárquico, se entregaron á la más extraña de las fantasías. Soñaron la posibilidad en España de una monarquía democrática. Soñaron en transformar á la caduca monarquía española en una institución progresiva y moderna. Soñaron que un voto del Parlamento sería suficiente para arraigar aquí una dinastía. Soñaron que un rey joven, inteligente, valeroso, digno retoño de un tronco sano y robusto, daría á la patria días de sosiego y libertad.

Y vino D. Amadeo. ¡Cuán infausto, cuán turbulento su breve reinado! Durante él no gozó el país ni una hora de paz. Muerto alevosamente el bravo caudillo, el hombre de genio, único que hubiera podido hacer frente á la tempestad, todas

las fuerzas vivas de la sociedad española se conjuraron contra el rey intruso. Era un rey extranjero, no indígena como Carlos I y Felipe V. Era un rey votado por las Cortes, no designado por la voluntad de Dios. Subía al trono en forma legal, no impuesto por las bayonetas. Era un monarca constitucional, liberal sin resabios absolutistas. Era el hijo de aquel monstruo, excomulgado por el Papa, que hizo de su patria una nación. Las tradiciones de la hispana monarquía no recordaban nada semejante.

No pudo ser. La gran masa social acogió al rey extranjero con indiferencia y desvío. Los vencidos en Septiembre preparaban ya en la sombra su desquite. Los carlistas se alzaban contra el rey, extranjero y en defensa del suyo, tan genuinamente español. Una aristocracia desviada, presa de añoranza por las glorias de la corte de Isabel II, hacía á los nuevos soberanos una guerra de alfilerazos. Los propios republicanos adoptamos, enfrente de la flamante monarquía democrática, una actitud de feroz intransigencia que no hemos acertado á reproducir durante los casi treinta años que lleva de fecha la restauración borbónica. Contrastada por tantos enemigos, mal apoyada por parciales sin fe y sin desinterés, la nueva dinastía sucumbió. El rey intruso dejó el trono tan digno y noblemente como le había ocupado, después de firmar aquella abdicación, modesto de entereza y lealtad.

No hay en la acogida dispensada por varias capitales españolas al duque de los Abruzzos algo así como un conato de reparación. El instinto popular suele ser certero, sobre todo en lo que al sentimiento atañe. La presencia de nuestro joven compatriota, sabio, valiente, modesto y simpático, suscita en nuestra mente recuerdos conjetos de remordimiento. Recuerda á su padre, el rey caballero, el soberano correctísimo, el monarca intachable, para quien fué la corona del deber, cargo y magistratura. Nos recuerda á su madre, hermosa señora y santa mujer, sencilla sin afectación, amable sin violencia, creyente sin fanatismo y virtuosa sin gazonería. Nos recuerda el Calvario que fué para aquella noble familia su breve estancia en nuestro país. Trae á la memoria de todo español remembranzas de esas que hacen bajar los ojos y que enrojecen las mejillas.

¿A qué soñar! ¿A qué fantasías retrospectivas imaginándose cual hubiera sido la suerte de España bajo el cetro de los Saboyas? Levanta alguna vez el destino su mano de hierro y permite elegir al albedrío. Así parece, vistas las cosas desde fuera. Es una ilusión. Sobre las fatalidades externas están las fatalidades psicológicas, no por invisibles menos eficaces. Una dinastía joven, un rey democrata, un trono hijo de la revolución, permítanle esperar el remozamiento de la vetusta monarquía española. Pero aquella dinastía no tuvo dinásticos; aquel rey no tuvo partidarios; aquel trono no tuvo defensores. Raltó á la monarquía democrática, sin donde asentarse, y aire que respirar. Raltó la aristocracia, el clero, el burguesía, pueblo. No puede ser. Lo oye bien el señor Canalejas?

No puede ser!

ALFREDO CALDERÓN

LA MUJER FUERTE

La fiesta es su amada. Los días de fiesta son días de amores, son días de vino; se duerme, se escuchan las horas sin miedo, y se va á la calle con el traje limpio.

La doncella fuerte de los pies cuadrados, la del seno recio sobre el tallé rígido, la de los dos labios como hornos de fuego, y los brazos fuertes y el mirar tranquilo.

La doncella sana que consuela al pueblo, sin negarle besos, sin hacer remilgos, la que alegremente baila en las tabernas y yergue triunfante su cuerpo rollizo.

La mujer del pueblo—la mujer del hombre—por resurrecciones cuenta los domingos: resucita al aire de las horas libres, resucita al mundo de los redimidos!

Tendrá todo un día de vivir por ella, de abrir sus armarios, que huelen á lino,

de coger sus flores, de regar sus plantas, de poner en orden sus pobres vestidos.

¡Qué cielo tan grande! Los campos empiezan á ponerse verdes, á mover los trigos, las casas de campo, como jaulas llenas, vibran con un largo gorjeo de pájaros.

Y el mar!... Sobre el seno de las blandas olas se mecen las barcas, duermen los navíos, y al cantar alegre de los marineros, de las gaviotas responden los gritos.

Por el puerto cruzan las mujeres viejas, mirando con pena, como héroes vencidos, y las manchas rojas de los militares, casi nos alegran tanto como el vino!

Se echan á la calle familias enteras, como unos patriarcas van los viejecitos, y rompe los aires la música alegre como carcajada de un pueblo tranquilo.

¡Es la renaciente pascua del trabajo, la bulla gloriosa del sábado antiguo! Y llena de anhelos, la mujer del pueblo sale de su casa con el traje limpio.

Vagamente siente deseos de fiesta, plétora de vida bajo el seno hinchado, quisiera ver campos y hundirse en el agua, y beber el aire que mece los pinos.

Se encuentra con alguien que le está esperando, que le habla de largos tormentos sufridos, de un émbolo roto, de un patio de fábrica. Y empieza á ver campos!—¡Salud al domingo!

¡Salud á los árboles de sombra templada, donde se merienda sin necios testigos, donde los abrazos riman con el vago temblor de las hojas en el aire tibio!

¡Salud á los días que lo amparan todo! ¡Salud á las fiestas! ¡salud á los vinos! ¡Salud á la hermosa mujer de los hombres que yergue triunfante su cuerpo rollizo!

F. MARQUINA

A UNA ESPIRITISTA

Señora mía é ilustre compañera en la prensa. Con inefable satisfacción he recibido su sabrosa carta, en que se lamenta usted de que yo no tome en serio el espiritismo. Comienzo por decir que no acostumbro á burlarme de lo que desconozco, y nada más lejos de mi ánimo que hacer chacota de una escuela respetable, á la que pertenecen hombres muy distinguidos y señoras tan ilustradas como usted.

Respeto profundamente todas las opiniones, aun la de aquel maestro de escuela, citado por Leopoldo Alas, que se empeñaba en suprimir el pluscuamperfecto.

Lo que yo hago es ridiculizar á los que, llamándose espiritistas, sin conocer poco ni mucho el espiritismo, se entregan á todo género de necedades y nos vuelven locos á los demás con sus casos prácticos y sus experiencias tragicómicas.

Citaba en el artículo, origen de su atenta carta, una viuda que sostiene animada conversación á todas horas con el espíritu de su esposo, y aludía también á un fillo de Eslava que cree comunicarse con todos los difuntos conocidos, valiéndose del instrumento.

Yo me río tan sólo de esos personajes profundamente bufos, pero de ningún modo puedo ofender á los que estudian con rectitud de juicio las doctrinas que constituyen la escuela á que usted pertenece.

Claro que tienen que producirme hilaridad ciertas cosas relacionadas con el espiritismo, no por la escuela, sino por los sujetos que creen profesarla é incluyen en toda clase de ridiculeces.

Nunca me olvidaré de una señora de mi pueblo que perdió á su esposo y después de llorar un poquito, nos decía con la mayor calma: «¡Muerto el mundo!»

Ahora, lo único que desconozco es á dónde ha ido encarnar el espíritu de mi Vicente.

—Como?

—Pues qué? No saben ustedes que el espíritu no muere nunca?

—No sabemos nada.

—Lo que hace es ir á parar á otro cuerpo, y eso es lo que tengo yo que saber esta noche misma, cuando conferencie con mi esposo.

Y, en efecto, al otro día nos contó que había tenido una conversación con su difunto. Este le había dicho que estaba haciendo de gallo en el corral de su misma casa.

—¡Pobrecito!—añadía la viuda.—Es tan grande el cariño que me profesa, que se ha quedado á vivir en mi propio corral para no perderme de vista. Mírenle ustedes desde aquí, y abrió la ventana para enseñarnos el gallo.

—Es muy bonito.

—Y muy gallardo—añadía la viuda.—Fíjense ustedes en la cresta y en la expresión de los ojos. Ahora está mirando hacia arriba; no se acerquen ustedes á mí, que se puede engañar.

La pobre señora creía firmemente que su esposo se había metido dentro del gallo y era de ver con qué solicitud le cuidaba y las frases cariñosas que le dirigía. No se sentaba á la mesa una sola vez sin que dijera á la criada:

—Aniceta, échale estas miguitas al señorito.

¡Te has acordado de mudarle el agua! Ponle un poco de café en un cacharro, porque el sin su café no podía pasar.

No era que estuviese loca, todo lo contrario; ella discurría bien y se dejaba matar por un peseta, pero no había visto la conveniencia de que el gallo no era su esposo, y cuando alguno se reía montaba en cólera diciendo:

—¿Qué? ¿Se atreve usted á negar la teoría de la transmigración de las almas? Pues es usted un ignorante.

Cuando no podía bajar al corral por estar acatarrada, hacía que le llevasen el gallo á la alcorba, y allí se estaban los dos en amarga compañía. El, poco cuidadoso de las conveniencias sociales, comía cualquier cosa de asada y entonces decía la viuda en tono de carifoso convencimiento:

—¿Qué has hecho? Vicente... De cuándo acá? Parece mentira que te hayas visto tan poco escrupuloso.

Al punto llegaba el convencimiento de la viuda de que el gallo era su marido, que hasta tenía celos de las gallinas, y en cuanto notaba que alguna merceda la preferencia de su esposo la retorcía el pesenezo y la mandaba avar inmediatamente.

La pobre señora se murió acatarrada al gallo, y él nos le comimos con arroz, varios amigos al otro día, diciendo con cierta amargura:

—Pobre D. Vicente! ¿Qué rico está!

Dígame usted, pues, mi distinguida señora, si estos extravijs de la imaginación no merecen ser ridiculizados.

Sólo á ellos me refería en mi artículo; nunca á las personas dignas como usted de la mayor consideración y el más profundo respeto.

Besa sus pies,

Luis T. V.

LAS GALANTERÍAS DE LA BIBLIA

ASSUERO Y ESTHER

Assuero, dice la Biblia, apreciaba mucho el arte pacífico de agradar.

Un día tenía á su mesa todos los libertinos de su corte. Seducido por canciones lascivas y turbado por un vino espumoso, quiso dar á sus convidados un espectáculo nuevo.

—Eunucos, dice, que la reina se presente sin velo ante nuestros ojos. Sin ningún velo. ¡Yo lo quiero! ¡Traedla! ¡Obedeced mi orden soberana! La sultana recibió muy mal aquel oriental cumplimento.

Sorprendido de semejante audacia, el príncipe exclamó:

—Imprudente Vasthi: tu orgullo me ha desobedecido. Desciende del trono! ¡Te arrojo de él!

Eunucos! ¡Id á proclamar su desgracia por todos los Estados y buscadme otros encantos. La más hermosa ocupará su puesto.

Desde entonces se abrió el serrallo y se llenó de bellezas nuevas; pero las pruebas para entrar eran difíciles.

DON QUIJOTE

PELANDO LA PATA

EL VIAJE DE CANALEJAS



¡No vá á ninguna parte!

¡EL GRAN MICO!



LOS NUESTROS.—JOSÉ ESTRALI

Rampolla.—¡Aquí tienen ustedes la contestación á su Nota!



La España monárquica.—¡Te amo! Francia.—¡Te adoro! Inglaterra (aparte).—¡Pues aquí traigo yo esta espada para que firméis los esposales!



SUICIDIO DE SAGASTA

Don Fráxedes.—¿Me suicidó ó nó? La cosa es para pensada, diga lo que diga Moret. En fin, ya adoptaré una resolución allá para el año que viene. ¡Porque es lo que yo maldita la prisa que tengo de dejar la Presidencia!

EL PASTEL DE LAS REFORMAS

Con estos refuerzos ¡se acabó la cuestión social en Cataluña!



Don Segis.—¡Y luego me negarán condiciones para el cargo de pastelero mayor del Reino!



¡Verán ustedes como este se carga con el santo y la limosna!

J. Hermógenes

El eunuco, insensible y maligno, llevaba á todas partes su mano insolente mientras hacía fríos comentarios.

Fueron escogidas trescientas vírgenes hermosas, y cada noche una de ellas, entrando en el real lecho, halagaba la adúladora esperanza de reinar pronto sin rival.

Para adornarlas se las dió cuanto exigía su capricho, porque las mujeres en aquel tiempo conocían ya el artificio.

Unicamente Esther ignoraba el arte. Se preparó un baño para ella, y pronto su cuerpo tomó el olor de la rosa y del nardo.

Los cabellos entrelazados con hierba, los ojos modestos y bajos, un vestido fino y flotante, por cintura un festón de flores que marca su elegante talle, con quince años y atractivos encantadores, tal aparece Esther temblando ante los encantados ojos de Assuero.

Assuero la ve y no vacila un punto.

La pareja amorosa se retira á un pabellón apartado.

El gusto mismo ha hecho construir este templo de la voluptuosidad. Ha desterrado de allí la riqueza, el oro y el brillo de los diamantes; todo respira molición, todo habla al corazón...

Al paso de los amantes la rosa se deshoja, y bajo la blancura de los artísticos artesanos serpentean los ramajes floridos del jazmín y la madrevelva.

El más hábil de los pinceles ha dibujado en los lienzos voluptuosos imágenes, y para mejor fijar el deseo, en todas partes, bajo felices rasgos, ha reproducido el placer.

En el centro está un espacioso lecho, sencillo á pesar de su elegancia, que favorece la licencia y los caprichos amorosos. Cortina de ligera gasa, que recoge un nudo de flores, vela los favores primeros de la fácil y encantadora sultana.

¡Favores deliciosos! ¡Supremo bien! Al vivo y dulce arrebató, al transporte del que ama, Esther se entrega muellamente.

Así, en su rápida carrera, se ve al fogoso Aquilón turbar el agua tranquila y límpida que reposa en el vallecillo.

Para la mujer menos coqueta, reinar es el *non plus ultra*.

La ambición está satisfecha cuando se llega hasta allí.

PARNY

BODAS DE PLATA

«El arzobispo de Valencia celebrará sus bodas de plata.»
(Un periódico.)

Tiemblan las naves del templo con el fragor del órgano; suben lentamente hasta los ventanales de colores nublados de incienso, deshaciéndose en caprichosas formas; cantan los canónicos solemnes coros que representan con subterráneos ecos; chillan monacillos é infantes de coró inocentes canturias con gatuna voz. La iglesia, vestida de rojos tapices, parece un salón de fiestas... Tercos mil parpadean y guían en candelabros arámbas, altares, pilas y retablos.

Deslumbra el oro, brilla la plata, fulgura el bronce. Piedras preciosas, magníficas joyas, soberanos cuadros, ricas alfombras, adornan el templo.

Y allá, en la alta del altar, la imagen del Crucificado, destituido, cadavérico, sin paños con que cubrirse, sin coronas de oro en sus sienes, contempla irritado, desde el patíbulo de la cruz, tanta y tan magnífica riqueza.

Al son de triunfal marcha pónese en movimiento la comitiva pomposa.

Doble hilera de cirios y hachones forma luminoso cordón, que la envuelve como cinturón de oro. Brilla el terciopelo de las casullas; amarillea el oro pálido de mitras y capas; las áureas varas del palio relampaguean al choque de celestiales resplandores... Los achacosos obispos recorren el templo apoyándose en los báculos, que marcan sus vacilantes pasos en las losas con sepulcrales ecos.

Se celebran las bodas de plata del arzobispo; conságrase reglamente la coronación de un discípulo del Cristo desnudo, del Cristo revolucionario que vino al mundo para despreñar las riquezas.

Los obispos no alzan su vista á la cruz... Suenan con las riquezas del palacio episcopal, con la rica mesa, con el sabroso manjar, con el cocherón de muelles asientos, con el caliente brasero de la episcopal antesala, donde se política y se intriga al compás de la badila.

Fuera del templo los pobres tiritan de frío... Y Jesús, en lo alto de la cruz, tira también.

Son las bodas sin amor, las bodas de la plata y del oro, del egoísmo y de la farsa vestida de pedería... El novio se acerca al altar, vacilante y achacosos. ¡Y el Cristo, joven, revolucionario eterno por sus principios sublimes de reivindicación universal, le mira tristemente!... No piensa Cristo en desposarse con tanta riqueza inútil y achacosa. Su mirada parece un divorcio...

BODAS DE ORO

Por esos campos corren los dos enamorados cogiéndose de la mano. Adórnense de flores; sueñan con devorar su pobre almuerzo á la sombra de un árbol, bañándose los pies en el transparente arroyo.

Desde niños se adoran; pero han de separarse. El novio marchará á la guerra... Un soldado muerto... puede el baile continuar. Con el incienso quemado en las bodas de plata tendían para ser felices.

Gasarse es caro; el amor ofrece un capítulo de la contribución... ¿Cuánto se aman? ¿Cuántas promesas para el porvenir?

El sol les envuelve como chaparrón de oro... Sus labios se juntan... El océano de doradas espigas cubre la campiña hasta lo que alcanza la vista... El cielo azul forma magnífica bóveda.

¡Qué templo tan hermoso el de la naturaleza, eternamente joven! ¡Qué bodas de plata las de los pobres, las del verdadero amor, las del amor sin límites, sin ceremonias, sin coros, sin incienso, sin tapices, sin frias genuflexiones de achacosos ídolos!

BODAS DE PLOMO

Sus padres no transigen. Ellos se adoran. El no tiene con qué vivir, pero es trabajador. Ella cubre sus carnes con un remendado vestido. Un día se juntan... Háblanse al oído, palidecen... Con una sola de las joyas que adornan al arzobispo podrían vivir y salvarse. ¡Pero no! Han de morir. Juran morir amándose... Suenan dos disparos... ¡Oh, qué bodas las bodas del plomo, de las balas, de la desesperación, del horror, de la miseria!

RODRIGO SORIANO

ALMA DEL PUEBLO

Sin piedad mandas tus hijos á la guerra á que los maten... ¿cómo se conoce, Patria, que no eres tú quien los pare!

Con ojos voraces en la tienda á los pobres he visto mirar los manjares.
¡Con ojos voraces!... Si en la vida de todo nos sobra, ¿por qué tienen hambre?

Los obreros marchan de un burgués en entierro lujoso llevando la caja.
Los obreros marchan, ¡del burgués, hasta muerto, pacientes, sufriendo la carga!

VICENTE MEDINA

LANZADAS

Todo se vuelven desgracias. *Tobalito*, el gran *Tobalito*, terror de propios y extraños, el émulo de José María y Diego Corrientes, ha sido preso en Cádiz.

«En este país» no es posible el ejercicio de ninguna industria, de ningún oficio, de ninguna profesión...

Yo no sé con qué derecho se priva de la libertad á *Tobalito*, perdicándole en sus intereses... ¿Es que la carrera de bandido no es legal ni lícita?

¡Pues entonces que metan en la cárcel á todos esos *Tobalitos* que «ejercen» en las oficinas del Estado y... fuera de ellas!

La justicia debe ser igual para todos.

El Sr. Silvela, que toma las aguas de Villabarta—¡y tan harta!—ha sido visitado por una comisión de conservadores sevillanos, y el hombre, aprovechando la ocasión, nos ha «colocado» unas nuevas declaraciones políticas.

Síntesis de lo dicho por el Sr. Silvela: que aquí no hay más solución sino que los conservadores vuelvan al poder.

Si, ese hombre será tonto; pero que le metan un dedo en la boca.

Se habla de un Ministerio de concentración. Hay que premiar—según se dice—los méritos y servicios prestados por Montero Ríos allí en París, como presidente de la Comisión de la Drotta.

¡Meco en la Presidencia del Consejo de Ministros!

Y, después de todo, ¿por qué no? ¡No es jefe del Gobierno Sagasta!

Comienza á animarse la política. ¡Como que ha llegado á Madrid el duque de Tetuán!

¡Qué hombre más delicioso ese pequeño O'Donnell!

Queriéndonos hacer creer á la fuerza que es un hombre importante y que es el verdadero heredero de Cánovas.

¡Ilusiones, señor duque!

Crea usted que Angiolillo no se hubiese tomado el trabajo de darle á usted un par de tiros, porque todavía hay clases, señor mío.

El *Bohío* ha decidido cortarse la coleta y retirarse á la vida privada.

¡Igual loable determinación va á adoptar Mazzantini!

Y Reverte,

Es decir, que nos vamos á quedar sin toreros. Los toreros se van.

Ya sólo nos falta que se retire Azcárraga á la vida privada.

Y el «valeroso» López Domínguez.

Blanco y Negro ha abierto un certamen para premiar el mejor artículo ó poesía festiva que se le remita.

Ya sabemos quién se va á llevar el primer premio.

Capdepon.

¡Hombré más gracioso que él!

DON QUIJOTE

EL CANTO DEL HALCON

En lo alto de las montañas rastreaba la serpiente; dormía en el fondo de una cañada húmeda, enroscada en círculo y mirando hacia el mar.

En lo alto del cielo brillaba el sol, y las montañas respiraban con aliento cálido, mientras que abajo las olas chocaban contra la roca.

En el fondo de la garganta, en la obscuridad, el torrente que saltaba en cascadas por encima de las piedras, se precipitaba al encuentro del mar.

Poderoso, convertido en espuma blanca y gris, parece cortar la montaña en dos, y cae al mar aullando con furor.

De repente, y en la cañada misma en que la serpiente se arrastraba, cayó de los cielos un halcón con el pecho abierto y las plumas ensangrentadas.

Con ronco grito se abatíó sobre la tierra, y con rabia impotente golpeó su pecho contra la dura piedra.

Asustada la serpiente, alejose rastreando con rapidez, pero comprendió muy pronto que el ave no viviría más de dos ó tres minutos.

Volvió, pues, á donde estaba el halcón herido y silbó en dirección de sus ojos.

—¡Qué, ¡temereres!

—Si me mueres—apuso el halcón, suspirando profundamente—, he vivido con gloria: he conocido la dicha, he combatido con valor, he visto el cielo... ¡Tú, no lo verás tan de cerca, pobre criatura!

—Pero ¿qué es cielo? Un lugar vacío... ¿Cómo ni de qué modo podría, arrastrarme hasta él? Aquí me encuentro bien: hay calor y humedad.

Así hablaba la serpiente al ave libre, pero en su fuero interno se burlaba de ella.

Y siguió pensando:

—Que vuelas ó que vayas á rastras, el fin será siempre el mismo: todos hemos á parar bajo la tierra: todo será reducido á polvo.

Pero el halcón valiente sacudió súbitamente las alas, elevóse un poco y paseó su mirada en derredor del collado.

A través de la roca gris corría el agua y en la cañada sombría hacia un calor sofocante y pegajoso. Reuniendo todas sus fuerzas, dijo el halcón con tristeza:

—¡Oh! ¡si pudiera remontarme al cielo una vez más!... Oprimida á mi enemigo contra las heridas de mi pecho... Lo ahogaría en mi sangre... ¡Oh el placer de la batalla!

Y la serpiente pensaba:

—¡Muy agradable debe de ser la vida en el cielo cuando de tal modo gime por ella!—E hizo, al ave libre la siguiente proposición:

—Acércate al borde del precipicio y arroja en él: posible es que tus alas te eleven y puedas vivir en tu elemento algún tiempo más.

Estremeciéndose el halcón, y exhalando un débil grito, se arrastró hasta el borde de aquella garganta agarrándose con las uñas á la tierra gredosa que cubría la piedra.

Cuando hubo llegado volvió á extender las alas, respiró con todas sus fuerzas, centellearon sus ojos y se precipitó en el abismo.

Como piedra desprendida de lo alto, precipitándose de roca en roca, así cayó el halcón, rompiéndose las alas, perdiendo sus plumas...

¡El cauce del torrente recibió su cuerpo, lavó su sangre, lo cubrió de espuma y lo llevó hasta el mar!

Las ondas con su triste mugido, siguieron chocando contra las rocas...

En la inmensidad nadie percibió el cadáver del ave...

Enroscada en la garganta la serpiente pensó, durante mucho tiempo, en la muerte del ave y en su pasión por el cielo, y miraba hacia aquel más allá eterno que acaricia los ojos con la visión de la dicha.

—Pero ¿quién ha visto al halcón muerto en el desierto sin fondo y sin orillas? ¡Por qué otros como él, muertos como él, turbaban sus almas con la pasión de volar al cielo?... Yo hubiera podido saberlo elevándome á él, aunque hubiera sido por poco tiempo.

Y dicho y hecho, como lo pensó lo hizo: enrollándose circularmente, dió un salto en el aire y su cuerpo, como débil disco, brilló á los rayos del sol.

El que nació para arrastrarse no puede volar, y por haber olvidado esto, la serpiente cayó sobre las montañas, pero no se hizo daño, y se echó á reír.

¡Eran en que consiste el encanto de volar al cielo! No es más que una caída. ¡Pájaros ridículos, como en la tierra, se fastidian de ella; aspiran á volar muy alto, hasta el cielo y buscan la vida á través de ese desierto ardiente. Allí abajo existe el vacío. Allí hay mucha luz; pero no hay alimentos ni nada que pueda sostener el cuerpo vivo.

¡Por qué, pues, tanto orgullo? ¡Por qué tantos reproches! Por ocultar la locura de sus deseos y su incapacidad para todo lo que concierne á la vida.

¡Pájaros tontos! ¡Sus discursos no me enseñan nada. Todo lo conozco ya! He visto el cielo. He volado, lo he medido, he conocido la caída; pero no me he estrechado en ella; al contrario, creo en mis fuerzas en mí mismo. Que los que no puedan amar la tierra vivan de ilusiones...

Yo conozco la vida. No creo ya en su reclamo. Yo vivo para la vida, nada más que para la vida!

Y orgulloso de sí mismo, rodó como un ovillo por la roca.

MAXIMO GORKI

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Ciudadanos: ¿Queréis asegurar el porvenir de vuestras familias? Pues aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 19.*

¡Qué muebles, moderno estilo, los que se exhiben en los grandes almacenes de A. Valdejo, Alcalá, 17! ¡Ese es gusto y arte y elegancia!

Todos los médicos dicen: No hay mejor digestivo que una copita de *Anis del Mono*. Y quien dice una copita, dice dos.



ES EL MÁS FINO.
EL MÁS BUENO QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR
marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana.
De venta en todos los estancos de España.
Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los correspondientes y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,60 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

Provincias, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A correspondientes y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.